

Desengaño primero

La esclava de su amante¹

—Mi nombre es doña Isabel Fajardo, no *Zelima*^a, ni mora, como pensáis, sino cristiana, y hija de padres católicos, y de los más principales de la ciudad de Murcia; que estos hierros que veis en mi rostro no son sino sombras de los que ha puesto en mi calidad y fama la ingratitud de un hombre. Y para que deis más crédito, veislos aquí quitados; así pudiera quitar los que han puesto en mi alma mis desventuras y poca cordura.

Y diciendo esto, se los quitó y arrojó lejos de sí, quedando el claro cristal de su divino rostro sin mancha, sombra ni oscuridad, descubriendo aquel sol los esplendores de su hermosura sin nube. Y todos los que colgados de lo que intimaba² su hermosa boca, casi sin sentido, que apenas osaban apartar la vista por no perderla, pareciéndoles que como ángel se les podía esconder. Y por fin, los galanes más

^a *Zelima*: Zelina AB; Zelima CD

¹ Como se ha indicado anteriormente (véase INTRODUCCIÓN), solo esta novela lleva título en todas las ediciones. En las demás novelas, el título aparece en la edición de Barcelona, Rafael Figuerò, 1716, aunque no se hace general hasta la edición de Barcelona, Pablo Campins, 1734, puesto que falta en las ediciones madrileñas de 1724, 1729 y 1734.

² *intimar*: «publicar» (DA).

enamorados, y las damas más envidiosas, y todos compi-
tiendo en la imaginación sobre si estaba mejor con hierros
o sin hierros, y casi se determinaban a sentir viéndola^a sin
ellos, por parecerles más fácil la empresa; y más Lisis, que
como la quería con tanta ternura, dejó caer por sus ojos
unos desperdicios³; mas, por no estorbarla, los recogió con
sus hermosas manos. Con esto, la hermosa doña Isabel
prosiguió su discurso, viendo que todos callaban, notando
la suspensión de cada uno, y no de todos juntos.

—Nací en la casa de mis padres sola, para que fuese sola la
perdición de ella: hermosa, ya lo veis; noble, ya lo he dicho;
rica, lo que bastara, a ser yo cuerda, o a no ser desgraciada^b, a
darme un noble marido. Crieme hasta llegar a los doce años
entre las caricias y regalos de mis padres, que, claro es que no
habiendo tenido otro de su matrimonio, serían muchos, en-
señándome entre ellos las cosas más importantes a mi calidad.
Ya se entenderá, tras las virtudes que forman una persona
virtuosamente cristiana, los ejercicios honestos de leer, escri-
bir, tañer y danzar, con todo lo demás competentes^c a una
persona de mis prendas, y de todas aquellas que los padres
desean ver enriquecidas a sus hijas; y más los míos, que, como
no tenían otra, se afinaban^d en estos extremos. Salí única en
todo, y perdonadme que me alabe, que, como no tengo otro
testigo, en tal ocasión, no es justo pasen por desvanecimiento
mis alabanzas. Bien se lo pagué, pero más bien lo he pagado.
Yo fui en todo extremada, y más en hacer versos, que era el
espanto de aquel reino, y la envidia de muchos no tan peritos
en esta facultad; que hay algunos ignorantes que, como si las
mujeres les quitaran el^e entendimiento por tenerle, se consu-
men de los aciertos ajenos. ¡Bárbaro, ignorante! Si los^f sabes

^a viéndola: viéndolas AB; viéndola CD ^b desgraciada: desgraciada A;
desgraciada BCD ^c competentes: competente D ^d afinaban: aficiona-
ban D ^e el: en D ^f los: lo ABC; los D

³ *desperdicios*: «lágrimas».

hacer, hazlos, que no te roba nadie tu caudal; si son buenos los que no son tuyos, y más si son de dama, adóralos y alábalos; y si malos, discúlpala, considerando que no tiene más caudal, y que es digna de más aplauso en una mujer que [en]^a un hombre, por adornarlos con menos arte.

Cuando llegué a los catorce años, ya tenía mi padre^b tantos pretensores^{4c} para mis bodas, que ya, enfadado, respondía que me dejasen ser mujer; mas como, según decían ellos, idolatraban en mi belleza, no se podían excusar de importunalle. Entre los más rendidos se mostró apasionadísimo un caballero, cuyo nombre es don Felipe, de pocos más años que yo, tan dotado de partes, de gentileza y nobleza, cuanto desposeído de los de fortuna, que parecía que, envidiosa de las gracias que le había dado el Cielo, le había quitado los suyos. Era, en fin, pobre; y tanto, que en la ciudad era desconocido, desdicha que padecen muchos. Este era el que más a fuerza de suspiros y lágrimas procuraba granjear mi voluntad; mas yo seguía la opinión de todos; y como los criados de mi casa me veían^d a él poco afecta, jamás le oyó ninguno, ni fue mirado de mí, pues bastó esto^e para ser poco conocido en otra ocasión. Pluviera el Cielo le mirara yo bien, o fuera parte para que no me hubieran sucedido las desdichas que lloro. ¡Hubiera sabido excusar algunas!; mas, siendo pobre, ¿cómo le había de mirar mi desvanecimiento?, pues tenía yo hacienda para él y para mí; mas mirábele de modo que jamás pude dar señas de su rostro, hasta que me vi engolfada en mis desventuras.

Sucedió en este tiempo el levantamiento de Cataluña⁵, para castigo de nuestros pecados, o solo de los míos, que

^a [en]: om. ABC; en D ^b mi padre: mis padres D ^c pretensores: pretensiones D ^d veían: vían CD ^e esto: en esto añ. D

⁴ *pretensores*: «pretendientes».

⁵ *levantamiento de Cataluña*: ocurrido en junio de 1640, en tiempos de Felipe IV. La pacificación del territorio no fue total hasta 1652. Preocupó

aunque han sido las pérdidas grandes, la mía es la mayor: que los muertos en esta ocasión ganaron eterna fama, y yo, que quedé viva, ignominiosa infamia. Súpose en Murcia cómo Su Majestad (Dios le guarde) iba al ilustre y leal reino de Aragón, para hallarse presente en estas civiles guerras; y mi padre, como quien había gastado lo mejor de su mocedad en servicio de su rey, conoció lo que le importaban a Su Majestad los hombres de su valor; se determinó a irle a servir, para que en tal ocasión le premiase los servicios pasados y presentes, como católico y agradecido rey; y con esto trató de su jornada, que sentimos^a mi madre y yo ternísimamente, y mi padre de la misma suerte; tanto, que a importunidades de mi madre y mías, trató llevarnos en su compañía, con que volvió nuestra pena en gozo, y más a mí, que, como niña, deseosa^b de ver tierras, o por mejor sentir mi desdichada suerte, que me guiaba a mi perdición, me llevaba contenta. Prevínose la partida, y aderezado lo que se había de llevar, que fuese lo más importante, para, aunque a la ligera, mostrar mi padre quién era, y que era descendiente de los antiguos Fajardos de aquel reino. Partimos de Murcia, dejando con mi ausencia común y particular tristeza en aquel reino, solemnizando en versos y prosas todos los más divinos entendimientos la falta que hacía a aquel reino.

Llegamos a la nobilísima y suntuosa ciudad de Zaragoza, y aposentados en una de sus principales casas, ya descansada del camino, salí a ver, y vi y fui vista. Mas no estubo en esto mi pérdida, que dentro en mi casa estaba el in-

^a sentimos: sentimientos D ^b deseosa: deseoso C

la cuestión a la autora, que reprochará a los caballeros el no acudir prestos en ayuda del rey, dato que confirman los contemporáneos. Esta alusión fecha supuestamente la historia pocos años antes de que fuese compuesta. María de Zayas incluye en casi todas sus novelas alusiones a acontecimientos históricos que acrecienten la impresión de veracidad de sus relatos.

cendio, pues sin salir me había ya visto mi desventura; y como si careciera^a esta noble ciudad de hermosuras, pues hay tantas que apenas hay plumas ni elocuencias que basten a alabarlas, pues son tantas que dan envidia a otros reinos, se empezó a exagerar la mía, como si no hubieran visto otra. No sé si es tanta como decían; solo sé que fue la que bastó a perderme; mas, como dice el vulgar, «lo nuevo aplice»⁶. ¡Oh, quién no la hubiera tenido para excusar tantas fortunas! Habló mi padre a Su Majestad, que, informado de que había sido en la guerra tan gran soldado, y que aún no estaban amortiguados sus bríos y valor, y la buena cuenta que^b siempre había dado de lo que tenía a su cargo, le mandó asistiese al gobierno de un tercio de caballos, con título de maese^c de campo, honrando^d primero sus pechos^e con un hábito de Calatrava; y así fue fuerza, viendo serlo^f, el asistir allí, en^g enviar a Murcia por toda la hacienda que se podía traer, dejando la demás a cuenta de^h deudos nobles que tenía allá.

Era dueña de la casa en que vivíamos una señoraⁱ viuda, muy^j principal y medianamente^k rica, que tenía un hijo y una hija; él mozo y^l galán y de buen discurso, así no fuera falso traidor^m, llamado don Manuel; no quiero decir su apellido, que mejor es callarle, pues no supo darle lo que merecía. ¡Ay, quéⁿ a costa mía he hecho experiencia de todo! ¡Ay, mujeres fáciles, y si supiésedes, una por una, y todas juntas, a lo que os ponéis el día que os dejáis rendir a las falsas caricias de los hombres, y cómo quisiérades más haber nacido sin oídos y sin ojos; o si os desengañásedes en mí, de que más vais a perder, que a ganar! Era la hija moza,

^a careciera: carecía D ^b que: *om.* D ^c maese: maestre D ^d honrando: honrándole CD ^e primero sus pechos: *om.* CD ^f viendo serlo: *om.* CD ^g en: y CD ^h cuenta de: *om.* CD ⁱ señora: *om.* CD ^j muy: *om.* CD ^k medianamente: *om.* CD ^l y: *om.* CD ^m traidor: y traidor *añ.* CD ⁿ qué: y qué *add.* CD

⁶ *aplayer*: «agradar, contentar».

y medianamente hermosa, y concertada de casar con un primo, que estaba en las Indias y le aguardaban para celebrar sus bodas en la primera flota, cuyo nombre era doña Eufrasia. Esta y yo nos tomamos tanto amor, como su madre y la mía, que de día ni de noche nos dividíamos, que, si no era para ir a dar el común reposo a los ojos, jamás nos apartábamos, o yo en su cuarto, o ella en el mío. No hay más que encarecerlo, sino que ya la ciudad nos celebraba con el nombre de «las dos amigas»; y de la misma suerte don Manuel dio en quererme, o en engañarme, que todo viene a ser uno.

A los principios empecé a extrañar y resistir sus pretensiones y porfías, teniéndolos por atrevimientos contra mi autoridad y honestidad; tanto, que por atajarlos me excusaba^a y negaba^b la amistad de su hermana, dejando de asistirle en su cuarto, todas las veces que sin nota podía hacerlo; de que don Manuel hacía tantos sentimientos, mostrando andar muy melancólico^c y desesperado, que tal vez me obligaba a lástima, por ver que ya mis rigores se atrevían a su salud. No miraba yo mal (las veces que podía sin dárselo a entender) a don Manuel, y bien gustara, pues era fuerza tener dueño, fuera él a quien tocara la suerte; mas, ¡ay!, que él iba con otro intento, pues con haber tantos que pretendían este lugar, jamás se opuso a tal pretensión; y estaba mi padre tan desvanecido en mi amor, que aunque lo intentara, no fuera admitido, por haber otros de más partes que él, aunque don Manuel tenía muchas, ni yo me apartara del gusto de mi padre por cuanto vale el mundo. No había hasta entonces llegado amor a hacer suerte en mi libertad; antes imagino que, ofendido de ella, hizo el estrago que tantas penas me cuesta. No había tenido don Manuel lugar de decirme, más de con los ojos y descansos de su corazón, su voluntad, porque yo no se le daba; hasta que una tarde,

^a excusaba: escuchaba D ^b a: *om.* D ^c melancólico: malencólico D

estando yo con su hermana en su cuarto, salió de su aposento, que estaba a la entrada de él, con un instrumento^a; y sentándose en el mismo estrado con nosotras, le rogó^b doña Eufrosia cantase alguna cosa, y él extrañándolo, se lo supliqué también por no parecer grosera; y él, que no deseaba otra cosa, cantó un soneto, que si no os cansa mi larga historia, diré con los demás que se ofrecieren en el discurso de ella.

Lisis, por todos, le rogó lo hiciese así, que les daría notable gusto, diciendo:

—¿Qué podréis decir, señora doña Isabel, que no sea de mucho agrado a los que escuchamos? Y así, en nombre de estas damas y caballeros, os suplico no excuséis nada de lo que os sucedió en vuestro prodigioso suceso, porque, de lo contrario, recibiremos gran pena.

—Pues con esa licencia —replicó doña Isabel—, digo que don Manuel cantó este soneto; advirtiendo que él a mí y yo a él nos nombráramos^c por Belisa y Salicio.

A un diluvio la tierra condenada,
que toda se anegaba en sus enojos,
ríos fuera de madre eran sus ojos,
porque ya son las nubes mar airada.

La dulce Filomena retirada,
como no ve del sol los rayos rojos,
no le rinde canciones en despojos,
por verse sin su luz desconsolada.

Progne lamenta, el ruiseñor no canta,
sin belleza y olor están las flores,
y estando todo triste de este modo,

^a con un instrumento: con un instrumento en la mano *añ.* CD
^b rogó: rogó mucho *añ.* CD ^c nombráramos: nombramos D

con tanta luz, que al mismo sol espanta,
toda donaire, discreción y amores,
salió Belisa, y serenose todo.

Arrojó, acabando de cantar, el instrumento en el estrado, diciendo:

—¿Qué me importa a mí que salga el sol de Belisa en el oriente a dar alegría a cuantos la ven, si para mí está siempre convertida en triste ocaso?

Dióle, diciendo esto, un modo de desmayo, con que, alborotadas su madre, hermana^a y criadas, fue fuerza llevarle a su cama, y yo retraerme a mi cuarto, no sé si triste o alegre; solo sabré asegurar que me conocí confusa, y determiné no ponerme más en ocasión de sus atrevimientos. Si me durara este propósito, acertara; mas ya empezaba en mi corazón a hacer suertes amor, alentando yo misma mi ingratitud, y más cuando supe, de allí a dos días, que don Manuel estaba con un accidente, que a los médicos había puesto en cuidado. Con todo eso, estuve sin ver a doña Eufrasia hasta otro día, no dándome por entendida, y fingiendo precisa ocupación con la estafeta de mi tierra; hasta que doña Eufrasia, que hasta entonces no había tenido lugar, asistiendo a su hermano, le dejó reposando y pasó a mi aposento, dándome muchas quejas de mi descuido y sospechosa amistad, de que me disculpé, haciéndome de nuevas y muy pesarosa de su disgusto. Al fin, acompañando a mi madre, hube de pasar aquella tarde a verle; y como estaba cierta que su mal procedía de mis desdenes, procuré, más cariñosa y agradable, darle la salud que le había quitado con ellos, hablando donaires y burlas, que en don Manuel causaban varios efectos, ya de alegría, y ya de tristeza, que yo notaba con más cuidado que antes, si bien lo encubría con cauta disimulación. Llegó la hora de despedirnos, y

^a hermana: y hermana añ. D

llegando con mi madre a hacer la debida cortesía, y esforzarle con las esperanzas de la salud, que siempre se dan a los enfermos, me puso tan impensadamente en la mano un papel, que, o fuese la turbación del atrevimiento, o recato de mi madre y de la suya, que estaban cerca, que no pude hacer otra cosa más de encubrirle. Y como llegué a mi cuarto, me entré en mi aposento, y sentándome sobre mi cama, saqué el engañoso papel para hacerle pedazos sin leerle, y al punto que lo iba a conseguir, me llamaron, porque había venido mi padre, y hube de suspender por entonces su castigo; y no hubo lugar de dársele hasta que me fui a acostar, que habiéndome desnudado una doncella que me vestía y desnudaba, a quien yo quería mucho por habernos criado desde niñas, me acordé del papel y se le pedí, y que me llegase de camino la luz para abrasarle en ella.

Me dijo la cautelosa Claudia, que este era su nombre; y bien le puedo dar también el de cautelosa^a, pues también estaba prevenida contra mí, y en favor del ingrato y desconocido don Manuel:

—¿Y acaso, señora mía, ha cometido este desdichado algún delito contra la fe, que le quieres dar tan riguroso castigo? Porque si es así, no será por malicia, sino con inocencia; porque antes entiendo que le sobra fe y no que le falta.

—Con todo mi honor le está cometiendo —dije yo—, y por que no haya más cómplices, será bien que este muera.

—¿Pues a quién se condena sin oírle? —replicó Claudia—. Porque, a lo que miro, entero está como el día en que nació. Oyele, por tu vida, y luego, si mereciere pena, se la darás, y más si es tan poco venturoso como su dueño.

—¿Sabes tú cuyo es? —le torné a replicar.

—¿De quién puede ser, si no es admitido, sino del^b mal correspondido don Manuel, que por causa tuya está como

^a cautelosa: cautela D ^b del: de D

está, sin gusto y salud, dos males que, a no ser desdichado, ya le hubieran muerto? Mas hasta la muerte huye de los que lo son.

—Sobornada parece que estás, pues abogas con tanta piedad por él.

—No estoy, por cierto —respondió Claudia—, sino enternecida, y aun, si dijera lastimada, acertara mejor.

—¿Pues de qué sabes tú que todas esas penas de que te lastimas tanto son por mí?

—Yo te lo diré —dijo la astuta Claudia—. Esta mañana me envió tu madre a saber cómo estaba, y el triste caballero vio los cielos abiertos en verme; contome sus penas, dando de todas la culpa a tus desdenes, y esto con tantas lágrimas y suspiros, que me obligó a sentirlas como propias^a, solemnizando con suspiros los suyos y acompañando con lágrimas las tuyas.

—Muy tierna eres, Claudia —repliqué yo—; presto crees a los hombres. Si fueras tú la querida, presto le consolaras.

—Y tan presto —dijo Claudia—, que ya estuviera sano y contento. Díjome más, que en estando para poderse levantar, se ha de ir donde a tus crueles ojos y ingratos oídos no lleguen nuevas [de]^b él.

—El ya quisiera que estuviera bueno, para que lo cumpliera —dije yo.

—¡Ay, señora mía! —respondió Claudia—, ¿es posible que en cuerpo tan lindo como el tuyo se aposenta alma tan cruel? No seas así, ¡por Dios! que ya se pasó el tiempo de las damas andariegas que con corazones de diamantes dejaban^c morir los caballeros, sin tener piedad de ellos. Casada has de ser, que tus padres para ese^d estado te guardan; pues si es así, ¿qué desmerece don Manuel para que no gustes que sea tu esposo?

^a propias: propias AB; propias CD
^c dejaban: deseaban ABCD

^b [de] om: ABC; de D

^d ese: este D

—Claudia —dije yo—, si don Manuel estuviera tan enamorado como dices, y tuviera tan castos pensamientos, ya me hubiera pedido a mi padre^a. Y pues no trata de eso, sino de que le corresponda, o por burlarme, o ver mi flaqueza, no me hables más en él, que me das notable enojo.

—Lo mismo que tú dices —volvió a replicar Claudia— le dije yo, y me respondió que cómo se había de atrever a pedirte por esposa incierto de tu voluntad; pues podrá^b ser que, aunque tu padre lo acepte, no gustes tú de ello.

—El gusto de mi padre se hará^c el mío —dije yo.

—Ahora, señora —tornó a decir Claudia—, veamos ahora el papel, pues ni hace ni deshace el leerle, que pues^d lo demás corre por cuenta del Cielo.

Estaba ya mi corazón más blando que cera, pues mientras Claudia me decía lo referido, había entre mí hecho varios discursos, y todos en abono de lo que me decía mi doncella, y en favor de don Manuel; mas, por no darla más atrevimientos, pues ya la juzgaba más de la parte contraria que de la mía, después de haberle^e mandado no hablase más en ello, ni fuese adonde don Manuel estaba, porfié a quemar el papel y ella a defenderle, hasta que, deseando yo lo mismo que ella quería, le abrí, amonestándola primero que no supiese don Manuel sino que le había rompido sin leerle, y ella prometídolo, vi que decía así:

«No sé, ingrata señora mía, de qué tienes hecho el corazón, pues a ser de diamante, ya le hubieran enternecido mis lágrimas; antes, sin mirar los riesgos que me vienen, le tienes cada día más endurecido; si yo te quisiera menos que para dueño de mí y de cuanto poseo, ya parece que se hallara disculpa a tu crueldad; mas, pues gustas que muera sin remedio, yo te prometo darte gusto, ausentándome^f del mundo y de tus ingratos ojos, como lo verás en levantán-

^a mi padre: mis padres CD ^b podrá: podía D ^c se hará: será CD ^d que pues: pues que CD ^e haberle: haberla D ^f ausentándome: ausetándome D

dome de esta cama, y quizá entonces te pesará de no haber admitido mi voluntad».

No decía más que esto el papel. Mas, ¿qué más había de decir? Dios nos libre de un papel escrito a tiempo; saca fruto donde no le hay, y engendra voluntad aun sin ser visto. Mirad qué sería en mí, que ya no solo había^a mirado, mas miraba los méritos de don Manuel todos juntos y cada uno por sí. ¡Ay, engañoso amante, ay, falso caballero, ay, verdugo de mi inocencia!^b. ¡Y, ay, mujeres fáciles y mal aconsejadas, y cómo os dejáis vencer de mentiras bien afeitadas⁷, y que no les dura el oro con que van cubiertas más de mientras dura el apetito! ¡Ay, desengaño, que visto, no se podrá engañar ninguna! ¡Ay, hombres!, y ¿por qué siendo hechos de la misma masa y trabazón que nosotras, no teniendo más nuestra alma que vuestra alma, nos tratáis como si fuéramos hechas de otra pasta, sin que os obliguen los beneficios que desde el nacer al morir os hacemos? Pues si agradecerais los que recibís de vuestras madres, por ellas estimarais y reverenciarais a las demás; ya, ya lo tengo conocido a costa mía, que no lleváis otro designio sino perseguir nuestra inocencia^c, aviltar^d ⁸ nuestro entendimiento, derribar nuestra fortaleza, y haciéndonos viles y comunes, alzaros con < con >^e el imperio de la inmortal fama. Abran las damas los ojos del entendimiento y no se dejen vencer de quien pueden temer el mal pago que a mí se me dio, para que dijese en esta ocasión y tiempo estos desengaños, para ver si por mi causa cobrasen las mujeres la opinión perdida y no diesen lugar a los hombres para alabarse, ni hacer burla de ellas, ni sentir mal de sus flaquezas y mal-

^a había: aún D ^b inocencia: inocencia A; inocencia BCD ^c inocencia: inocencia A; inocencia BCD ^d aviltar: habilitar CD ^e con <con>: con con añ. A; con BCD

⁷ *afeitado*: «aderezado, adornado».

⁸ *aviltar*: «envilecer».

ditos intereses, por los cuales hacen tantas, que, en lugar de ser amadas, son aborrecidas, aviltadas^a y vituperadas.

Volví de nuevo a mandar a Claudia y de camino rogarle no supiese don Manuel que había leído el papel, ni lo que había pasado entre las dos, y ella a prometerlo, y con esto se fue, dejándome divertida en tantos y tan confusos pensamientos, que yo misma me aborrecía de tenerlos. Ya amaba, ya me arrepentía; ya me repetía piadosa, ya me hallaba mejor. Airada y final⁹, me determiné a no favorecer a don Manuel, de suerte que le diese lugar a atrevimientos; mas tampoco desdeñarle, de suerte que le obligase a algún desesperado suceso. Volví con esta determinación a continuar la amistad de doña Eufrasia, y a comunicarnos con la frecuencia que antes hacía gala. Si ella me llamaba cuñada, si bien no me pesaba de oírlo, escuchaba a don Manuel más apacible, y si no le^b respondía a su gusto, a lo menos no le afeaba el decirme su amor sin rebozo; y con lo que más le favorecía era decirle que me pidiese a mi padre por esposa, que le aseguraba de mi voluntad; mas como el traidor llevaba otros intentos, jamás lo puso en ejecución.

Llegose en este tiempo el alegre de las carnestolendas, tan solemnizado en todas partes, y más en aquella ciudad, que se dice, por ponderarlo más, «carnestolendas de Zaragoza». Andábamos todos de fiesta y regocijo, sin reparar los unos en los desaciertos ni aciertos de los otros. Pues fue así, que pasando sobre tarde al cuarto de doña Eufrasia a vestirme con ella de disfraz para una máscara que teníamos prevenida, y ella y sus criadas y otras amigas ocupadas adentro en prevenir lo necesario, su traidor hermano, que debía de estar aguardando esta ocasión, me detuvo a la puerta de su

^a aviltadas: habilitadas CD ^b le: el D

⁹ y *final*: posible errata que se repite en las ediciones posteriores. De las ediciones anteriores al siglo xx, únicamente en la edición de París, 1847, figura «a final» (pág. 192).

apoyado, que, como he dicho, era a la entrada de los de su madre, dándome la bienvenida, como hacía en toda cortesía otras veces. Yo, descuidada, o, por mejor, incierta de que pasaría a más atrevimientos, si bien ya habían llegado a tenerme asida por una mano, y viéndome divertida, tiró de mí, y sin poder ser parte a hacerme fuerte, me entró dentro, cerrando la puerta con llave. Yo no sé lo que me sucedió, porque del susto me privó el sentido un mortal desmayo.

¡Ah, flaqueza femenil de las mujeres, acobardadas desde la infancia y aviltadas^a las fuerzas con enseñarlas primero a hacer vainicas que a jugar las armas! ¡Oh, si no volviera jamás en mí, sino que de los brazos del mal caballero me traspasaran a la sepultura! Mas guardábame mi mala suerte para más desdichas, si puede haberlas mayores. Pues pasada poco más de media hora, volví en mí, y me hallé, mal digo, no me hallé, pues me hallé perdida, y tan perdida, que no me supe ni pude volver ni podré ganarme jamás; y infundiendo en mí^b mi agravio una mortífera rabia, lo que en otra mujer pudiera causar lágrimas y desesperaciones, en mí fue un furor diabólico, con el cual, desasiéndome de sus infames lazos, arremetí a la espada que tenía a la cabecera de la cama, y sacándola de la vaina, se la fui a envainar en el cuerpo. Hurtole al^c golpe, y no fue milagro, que estaba diestro en hurtar, y abrazándose conmigo, me quitó la espada, que me la iba a entrar por el cuerpo por haber errado el del infame, diciendo^d de esta suerte:

—Traidor, me vengo en mí, pues no he podido en ti, que las mujeres como yo así vengan sus agravios.

Procuró el cauteloso amante amansarme y satisfacerme, temeroso de que no diera fin a mi vida; disculpó su atrevimiento con decir que lo había hecho por tenerme segura; y ya con caricias, ya con enojos mezclados con halagos, me

^a aviltadas: habilitadas CD ^b mí: *om.* D ^c al: el D ^d diciendo: diciéndole D

dio palabra de ser mi esposo. En fin, a su parecer más quieta, aunque no al mío, que estaba hecha una pisada serpiente, me dejó volver a mi aposento, tan ahogada en lágrimas, que apenas tenía aliento para vivir. Este suceso dio conmigo en la cama, de una peligrosa enfermedad, que fomentada de mis ahogos y tristezas, me vino a poner a punto de muerte; estando de verme así tan penados^a mis padres, que lastimaban a quien los veía.

Lo que granjeó don Manuel con este atrevimiento fue que, si antes me causaba algún agrado, ya aborrecía hasta su sombra. Y aunque Claudia hacía instancia por saber de mí la causa de este pesar que había en mí, no lo consiguió, ni jamás la quise^b escuchar palabra que de^c don Manuel procurase decirme, y las veces que su hermana me veía era para mí la misma muerte. En fin, yo estaba tan aborrecida, que si no me la di yo misma, fue por no perder el alma. Bien conocía Claudia mi mal en mis sentimientos, y por asegurarse más, habló a don Manuel, de quien supo todo lo sucedido. Pidióle me aquietase y procurase desenojar, prometiéndole a ella lo que a mí, que no sería otra su esposa.

Permitió el Cielo que mejorase de mi mal, porque aún me faltaban por pasar otros mayores. Y un día que estaba Claudia sola conmigo, que mi madre ni las demás criadas estaban en casa, me dijo estas razones:

—No me espanto, señora mía, que tu sentimiento sea de la calidad que has mostrado y muestras; mas a los casos que la fortuna encamina y el Cielo permite para secretos suyos, que a nosotros no nos toca el saberlo, no se han de tomar tan a pechos y por el cabo, que se aventure a perder la vida y con ella el alma. Confieso que el atrevimiento del señor don Manuel fue el mayor que se puede^d imaginar; mas tu temeridad es más terrible, y supuesto que en este suceso, aunque has aventurado mucho, no has perdido

^a penados: tristes D ^b quise: quiso D ^c de: om. CD ^d puede: pueda D

nada, pues en siendo *tu*^a esposo queda puesto el reparo, si tu pérdida se pudiera remediar con esos sentimientos y desesperaciones, fuera razón tenerlas. Ya no sirven desvíos para quien posee y es dueño de tu honor, pues con ellos das motivo para que, arrepentido y enfadado de tus sequedades, te deje burlada; pues no son las partes de tu ofensor de tan pocos méritos que no podrá conquistar con ellas^b cualquiera hermosura de su patria. Puesto [que]^c más acertado es que se acuda al remedio, y no que cuando le busques no le halles, hoy me ha pedido que te amanse y te diga cuán mal lo haces con él y contigo misma, y que está con mucha pena de tu mal; que te alientes y procures cobrar salud, que tu voluntad es la suya, y no saldrá, en esto y en todo lo que ordenares, de tu gusto. Mira, señora, que esto es lo que te está bien, y que se pongan medios con tus padres para que sea tu esposo, con que la quiebra de *tu*^d honor quedará soldada y satisfecha, y todo lo demás es locura y acabar de perderte.

Bien conocí que Claudia me^e aconsejaba lo cierto, supuesto que ya no se podía hallar otro remedio; mas estaba tan aborrecida de mí misma, que en muchos días no llevó de mí buena respuesta. Y aunque ya me empezaba a levantar, en más de dos meses no me dejé ver de mi atrevido amante, ni recado que me enviaba quería recibir, ni papel que llegaba a mis manos llevaba otra respuesta que hacerle pedazos. Tanto, que don Manuel, o fuese que en aquella ocasión me tenía alguna voluntad, o porque picado de mis desdenes quería llevar adelante sus traiciones, se descubrió a su hermana, y le contó lo que conmigo le había pasado y pasaba^f, de que doña Eufrasia, admirada y pesarosa, después de haberle afeado facción¹⁰ tan grosera y mal hecha,

^a *tu*: mi AC; tu BD ^b ellas: ella D ^c [que]: om. ABC; que D ^d *tu*: te A; tu BCD ^e me: no me añ. D ^f y pasaba: om. CD

¹⁰ *facción*: en principio, «acometimiento de soldados o ejecución de alguna empresa militar, para ganar gloria y honra contra los enemigos»,

tomó por su cuenta quitarme el enojo. Finalmente ella y Claudia trabajaron tanto conmigo, que me rindieron. Y como sobre las pesadumbres entre amantes las paces aumentan el gusto, todo el aborrecimiento que tenía a don Manuel^a se volvió en amor, y en él, el amor aborrecimiento: que los hombres, en estando en posesión, la voluntad se desvanece como humo.

Un año pasé en estos desvanecimientos, sin poder acabar con don Manuel pusiese terceros con mi padre para que se efectuasen nuestras bodas; y otras muchas que a mi padre le trataban no llegaban a efecto, por conocer la poca voluntad que tenía de casarme. Mi amante me entretenía diciendo que en haciéndole Su Majestad merced de un hábito de Santiago que le había pedido, para que más justamente mi padre le admitiese por hijo, se cumplirían mis deseos y los suyos. Si bien yo sentía mucho estas dilaciones, y casi temía mal de ellas, por no disgustarle, no apretaba más la dificultad.

En este tiempo, en lugar de un criado que mi padre había despedido, entró a servir en casa un mancebo, que, como después supe, era aquel caballero pobre que jamás había sido bien visto de mis ojos. Mas ¿quién mira bien a un pobre? El cual, no pudiendo vivir sin mi presencia, mudado hábito y nombre^b, hizo esta transformación. Parecióme, cuando le vi la primera vez, que era el mismo que era; mas no hice reparo en ello, por parecerme imposible. Bien conoció Luis (que así dijo llamarse) a los primeros lances, la voluntad que yo y don Manuel nos teníamos, y no creyendo, de la entereza de mi condición, que pasaba a más de honestos y recatados deseos, dirigidos al conyugal lazo. Y él estaba cierto que en esto no había de alcanzar, aunque fue-

^a Manuel: Mannel A; Manuel BCD ^b nombre: nombro B

por extensión, «acción», sentido poco frecuente en otros autores, pero que aparece en diversas ocasiones en María de Zayas (págs. 347, 396, 578, etc.).

ra conocido por don Felipe, más que los despegos que siempre callaba, por que no le privase de verme, sufriendo como amante aborrecido y desestimado, dándose por premiado en su amor con poderme hablar y ver a todas horas. De esta manera pasé algunos meses, que aunque^a don Manuel, según^b conocí después, no era su amor verdadero, sabía tan bien las artes de fingir, que yo me daba por contenta y pagada de mi voluntad. Así me duraran estos engaños. Mas ¿cómo puede la mentira pasar por verdad sin que al cabo se descubra? Acuérdomé que una tarde que estábamos en el estrado de su hermana, burlando y diciendo burlas y entretenidos acentos¹¹ como otras veces, le llamaron, y él, al levantarse^c del asiento, me dejó caer la daga en las faldas, que se la había quitado por el estorbo que le hacía para estar sentado en bajo. A cuyo asunto hice este soneto:

Toma tu acero cortador, no seas
causa de algún exceso inadvertido,
que puede ser, Salicio, que sea Dido,
si por mi mal quisieses ser Eneas.

Cualquiera atrevimiento es bien que creas
de un pecho amante a^d tu valor rendido,
muy cerca está de ingrato el que es querido;
llévale, ingrato, si mi bien desees.

Si a cualquiera rigor de aquesos^e ojos
te lloro Eneas y me temo Elisa¹²,
quítame la ocasión de darme muerte,

^a aunque: aun D ^b según: que según *añ.* D ^c levantarse: levantar CD
^d a: de D ^e aquesos: aquellos D

¹¹ *acentos*: «versos».

¹² *Elisa*: otro nombre de Dido, reina de Cartago.

que quieres la vida por despojos,
que me mates de amor, mi amor te avisa;
tú ganarás honor, yo dulce suerte.

Alabaron doña Eufrasia y su hermano más la presteza de^a hacerle que el soneto, si bien don Manuel, tibiamente; ya parecía^b que andaba su voluntad achacosa, y la mía temerosa de algún mal suceso en los míos, y a mis solas daban mis ojos muestra de mis temores, quejábame de mi mal pagado amor, dando al^c Cielo quejas de mi desdicha. Y cuando don Manuel, viéndome triste y los ojos con las señales de haberles dado el castigo que no merecían, pues no tuvieron culpa en mi tragedia, me preguntaba la causa, por [no]^d perder el decoro a mi gravedad, desmentía con él los sentimientos de ellos, que eran tantos, que apenas los podía disimular. Enamoreme^e, rogué, rendime; vayan^f, vengan penas, alcáncense unas a otras. Mas por una violencia estar sujeta a tantas desventuras, ¿a quién le ha sucedido sino a mí? ¡Ay, damas hermosas y avisadas, y qué desengaño este^g, si le contempláis! Y ¡ay, hombres, y qué afrenta para vuestros engaños! ¡Quién pensara que don Manuel hiciera burla de una mujer como yo, supuesto que, aunque era noble y rico, aun para escudero de mi casa no le admitieran mis padres! Que este es el mayor sentimiento que tengo, pues estaba segura de que no [me]^h merecía y conocía que me desestimaba.

Fue el caso que había más de diez años que don Manuel hablaba unaⁱ dama de la ciudad, ni la más hermosa, ni la más honesta, y aunque casada, no hacía ascos^j de ningún galanteo, porque su marido tenía buena condición: comía sin traerlo, y por no estorbar, se iba fuera cuando era menester; que aun aquí había reprehensión para los hombres;

^a de: le D ^b parecía: perecía C ^c al: a B ^d [no]: om. ABC; no D
^e Enamoreme: Enamorome CD ^f vayan: vaya ABCD ^g este: es este añ.
D ^h [me]: om. ABC; me D ⁱ una: a una D ^j ascos: aseos D

mas los comunes y bajos que viven de esto no son hombres, sino bestias. Cuando más engolfada estaba Alejandra, que así tenía nombre esta dama, en la amistad de don Manuel, quiso el Cielo, para castigarla, o para destruirme, darle una peligrosa enfermedad, de que, viéndose en peligro de muerte, prometió a Dios apartarse de tan ilícito trato, haciendo voto de cumplirlo. Sustentó esta devota promesa, viéndose con la deseada salud, año y medio, que fue el tiempo en que don Manuel buscó mi perdición, viéndose despedido de Alejandra; bien que, como después supe, la visitaba en toda cortesía, y la regalaba por la obligación pasada. ¡Ah, mal hayan estas correspondencias corteses, que tan caras cuestan a muchas! Y entretenido en mi galanteo, faltó a la asistencia de Alejandra, conociendo el poco fruto que sacaba de ella; pues esta mujer, en faltar de su casa, como solía mi ingrato dueño, conoció que era la ocasión otro empleo, y buscando la causa, o que de criadas pagadas de la casa de don Manuel, o mi desventura que se lo debió de decir, supo cómo don Manuel trataba su casamiento conmigo. Entró aquí alabarle mi hermosura y su rendimiento, y como jamás se apartaba de idolatrar en mi imagen, que cuando se cuentan los sucesos, y más si han de dañar, con menos ponderación [[son suficientes]]^{a13}.

En fin, Alejandra, celosa y envidiosa de mis dichas, faltó a Dios lo que había prometido, para sobrarme a mí en penas; que si faltó a Dios, ¿cómo no me había de sobrar a mí? Era atrevida y resuelta, y lo primero a que se atrevió fue a verme. Pasemos adelante, que fuera hacer este^b desengaño eterno, y no es tan corto el tormento que padezco en refe-

^a [[son suficientes]]: *om.* ABCD ^b este: ese D

¹³ [[son suficientes]]: no figura en las cuatro ediciones cotejadas, como tampoco en las ediciones siguientes hasta la edición de Madrid, 1795: «que cuando se cuentan los sucesos, y mas si han de dañar, con menos ponderación son suficientes» (pág. 246).

rirle que me saboree tan despacio en él. Acarició a don Manuel, solicitó que volviese a su amistad, consiguió lo que deseó, y volvió de nuevo a reiterar^a la ofensa, faltando en lo que a Dios había prometido de poner enmienda. Parecerá, señores, que me deleito en nombrar a menudo el nombre de este ingrato, pues no es sino que como ya para mí es veneno, quisiera que trayéndole en mis labios, me acabara de quitar la vida. Volvióse, en fin, a adormecer y transportar en los engañosos encantos de esta Circe. Como^b una división¹⁴ causa mayores deseos entre los que se aman, fue con tanta puntualidad el asistencia en su casa, que fue fuerza hiciese falta en la mía. Tanto, que ni en los perezosos días del verano, ni en las cansadas noches del invierno no había una hora para mí. Y con esto empecé a sentir las penas que una desvalida y mal pagada mujer puede sentir, porque si a fuerza de quejas y sentimientos había un instante para estar conmigo, era con tanta frialdad y tibieza, que se apagaban^c en ella los encendidos fuegos de mi voluntad, no para apartarme de tenerla, sino para darle las sazones^d que merecía. Y últimamente empecé a temer; del temer nace el celar, y del celar^e buscar las desdichas y hallarlas. No le quiero prometer a un corazón amante más perdición que venir a tropezar en celos, que es cierto que la caída será para no levantarse más; porque si calla los agravios, juzgando que los ignora, no se recatan de hacerlos; y si habla más descubiertamente, pierden el respeto, como me sucedió a mí, que no pudiendo ya disimular las sinrazones de don Manuel, empecé a desenfadarme y reprehenderlas^f y de esto pasar a reñirle^g, con que me calificué por enfadosa y de mala condición, y a pocos pasos que di, me hallé en los lances de aborrecida.

^a reiterar: tolerar en D ^b Como: Y como añ. D ^c apagaban: apagan ABC; apagaba D ^d sazones: desazones D ^e celar: celear D ^f reprehenderlas: reprehenderla ABCD ^g reñirle: reñirla ABCD

¹⁴ *división*: «discordia, riña».